

(AÑO 480 DE JESUCRISTO.)

PRINCIPIO DE SAN BENITO.

BENITO, á quien Dios destinaba para que fuese el padre de la vida cenovítica en Occidente, ó para que diese por lo menos una forma mas perfecta á este respetable estado, nació de padres nobles en Norcia, de Italia. Luego que llegó á una edad capaz para el estudio de las ciencias, le mandaron á las escuelas públicas de Roma. Como su corazón jamás se habia contaminado con el veneno del vicio, temia peligrase su inocencia en medio de una multitud de jóvenes, de los cuales los mas vivian con unas costumbres muy desarregladas. Él se retiró á una caverna muy estrecha, distante cuarenta millas de Roma: allí vivió tres años, desconocido á todos, á escepcion de un santo monge, llamado Romano, que le ministraba un poco de pan para su sustento. Pasado este espacio de tiempo, fué descubierto, y llegó á hacerse célebre en toda la comarca: entonces los religiosos de un monasterio inmediato le pidieron por abad. Benito se resistió mucho tiempo, y les predijo que ellos no se acomodarian al método de su vida. La prediccion se cumplió puntualmente: vencido de sus repetidas instancias, se encargó del gobierno del monasterio; pero á poco tiempo, no pudiendo estos inhumanos sufrir su gobierno, resolvieron deshacerse del santo abad, echando veneno en el vaso en que bebia: á la hora

de la comida, San Benito hizo sobre el vaso la señal de la cruz, segun tenia de costumbre, y el vaso se rompió con estrépito. El santo conoció el motivo, y vió el peligro de que Dios le habia sacado: se levantó y dijo á los religiosos con tranquilidad, ¿por qué habeis querido, hermanos míos, tratarme de este modo? Yo bien os predije, que os arrepentiriais de vuestra eleccion: buscad, pues, un superior que os convenga. El santo se retiró despues á su primera soledad: no obstante el cuidado que él ponía en ocultarse allí, su esclarecida santidad le dió á conocer, y su desierto llegó muy pronto á poblarse. Como algunas personas le pidiesen con instancia que los condujera en los caminos de Dios, se vió obligado á recibirlos por discípulos. Edificó doce monasterios, en cada uno de los cuales acomodó doce monges, bajo el gobierno de un superior; quedando únicamente en compañía de aquellos que entonces tenian necesidad de sus instrucciones. Los jóvenes venian en gran número á tratarle, y las mas ilustres familias de Roma, le encomendaban sus hijos para que los educase. Entre ellos se hallaban Mauro y Plácido, hijos de los primeros senadores. Estos jóvenes, criados en su escuela, llegaron á ser grandes santos, que formaron otros muchos: un dia, el jóven Plácido, habiendo ido á beber agua á un lago, quedó sumergido en él. San Benito, que estaba en su monasterio, conoció por una luz sobrenatural, lo que habia sucedido, y le dijo á Mauro: "Hermano mio, corre prontamente: Plácido ha caído en la agua." Mauro corrió apresuradamente hasta aquel parage del lago en donde Plácido se habia sumergido; y habiéndolo tomado por los cabellos,

lo trajo ácia la orilla con el mismo cuidado. Cuando él llegó á tierra, lo tomo por la espalda; y viendo que él habia caminado sobre la agua, quedó sorprendido: volvió á la choza de San Benito, el cual atribuyó este milagro á su obediencia; pero Mauro juzgó haber sido efecto de las oraciones de San Benito. San Gregorio el Grande refiere así este prodigio.

FUNDACION DEL MONASTERIO DEL MONTE CASINO.

EL principal establecimiento de San Benito, fué el monasterio del Monte Casino. Estaba situado en el reino de Nápoles, y era como el centro comun de su órden. Cuando el santo abad se retiró por primera vez á aquel lugar, permanecia sobre la montaña un antiguo templo de Apolo, que adoraban aun los pueblos circunvecinos. Habiendo llegado Benito, derribó el ídolo y el altar, y consiguió por último, la conversion de aquel pueblo con sus exhortaciones y milagros. Dios concedió entonces á su siervo el don de profecía, é hizo su santidad esclarescida por un gran número de maravillas. Totila, rey de los godos, sorprendido de todo lo que le contaban del santo abad, quiso verle: vino al Monte Casino, y para probar si acaso el santo conocia los más secretos acontecimientos, como le habian asegurado, mandó decir al santo abad que iba á visitarle; más envió primero al monasterio uno de sus oficiales, á quien hizo vestir con el manto real é insignias de la magestad, haciendo igualmente que le acompa-

ñase una corte numerosa. Benito, que jamás habia visto á Totila, no supo el cambio: luego que se le presentó el oficial, le dijo exclamando: "Quita, hijo mio, quita ese vestido que traes, pues no es propio á tu persona ni te pertenece." El oficial y todos los que le acompañaban, llenos de asombro, fueron á decir á Totila lo que les habia pasado. Entonces este príncipe, no dudando ya de todas las cosas maravillosas que se decian de este hombre extraordinario, fué él mismo á verle; se le acercó con un temor respetuoso; se postró á sus pies, y permaneció así hasta que le hizo levantar el santo. Le dió S. Benito avisos saludables, y le predijo los principales sucesos de su vida. Totila se encomendó á sus oraciones, y se mostró en lo ulterior mas humano que lo que habia sido hasta entonces. Poco tiempo despues, cuando este príncipe tomó la ciudad de Nápoles, trató á los prisioneros con una benignidad, que no debia esperarse de un bárbaro conquistador. San Benito mandó á Francia muchos de sus discípulos, para que fundasen allí algunos monasterios: predijo su muerte: algun tiempo antes de sentirse enfermo, hizo abrir su sepulcro; y poco despues, una fiebre violenta se apoderó de él; y como de dia en dia se le aumentaba, hizo que le llevasen á la Iglesia, donde recibió el cuerpo y la sangre de Jesucristo: levantando despues las manos al cielo, espiró, de edad de 63 años. San Benito dejó á sus discípulos una admirable regla, que mereció los elogios del papa San Gregorio: por ella se conoce que aquel hombre estaba profundamente instruido en la ciencia de la salud, y habia sido suscitado por el espíritu de Dios para conducir á las almas á la mas

sublime perfeccion. Esta regla se ha considerado tan sábia y tan llena de discrecion, que todos los monges del Occidente han hecho profesion de seguirla. El célebre C..... de Medicis, y muchos otros hábiles legisladores, leían con frecuencia la regla de San Benito: ellos la miraban como un rico fondo de máximas, propias para instruirse bien en el arte de gobernar con acierto á los hombres. Así es que este piadoso establecimiento vino á ser una fuente de bienes preciosos de todo género. A mas de los grandes ejemplos de virtud que aquí resplandecen, en estos respetables asilos se ha conservado la mayor parte de los hechos históricos acaecidos en los primeros siglos de la monarquía, y han permanecido en ellos las ciencias y las artes, despues de la irrupcion de los bárbaros.

Adicion.—Jenayas, por otro nombre Jiloxeno; desde el año 456 sembró la perniciosa semilla del error de los iconoclastas, que tanto afligió á la Iglesia. Estos negaban la veneracion de las santas imágenes.

Emisthio, en el año 530 formó la secta, y se hizo el caudillo de los Agnoítas, que negaban á Ntro. Sr. Jesucristo el conocimiento de nuestros misterios. Parece que esta secta se vió con desprecio, y se desvaneció con la muerte de sus autores. Tuvo por lo menos mas séquito la de los Barsanianos ó semidulitas, que por el año 535 sostenian que Jesucristo no habia padecido sino en apariencia. Juan Filópono, en el año 537 se hizo cabeza de los Triteítas, que admitian tres dioses en la Trinidad.

En el año 537 ó 538, el emperador Justiniano, irritado en extremo por las turbulencias y sediciones que movieron los monges origenistas de la pequeña Laura de San Sabás, contra los monges de la gran Laura del mismo santo, resolvió la ruina de los origenistas, y com puso una larga declaracion, en la cual refiere los errores atribuidos á Orígenes, para hacerlos proscibir severamente. Por este escrito vemos que los principales consistian en negar las penas del infierno, en defender la preexistencia de las almas á los cuerpos humanos: negaban la igualdad de las personas de la Santísima Trinidad, y el

poder en Dios de crear mas que determinado número de espíritus; así como tambien solo cierta cantidad de materia.

En el año 560, Justiniano, en una edad muy avanzada, desmentia con opiniones tan estravagantes como impías, la adhesion que en otro tiempo habia manifestado á la fé ortodoxa. En esto vino al fin á parar su curiosidad en materias de fé, y su temeridad de evangelizar sin mision. Los hereges origenistas, á quienes habia perseguido con mas vigor, fueron los mismos que le sedujeron y precipitaron en el error de los incorruptibles. Dejése persuadir por estos renuevos de los eutiquianos, que el cuerpo de Jesucristo no era susceptible de alteracion alguna, ni aun por las afecciones naturales mas inocentes. Luego que Justiniano cayó en estos delirios, comenzó en breve, como tenia de costumbre, á multiplicar definiciones y ordenanzas. El peso de la autoridad, el atractivo del favor y los artificios y manejos de la seduccion, todo lo puso en obra para hacer que los obispos aprobasen su loca teología.

El patriarca Eutiques hizo entonces todo lo que se debia esperar de un santo y docto prelado: espuso al príncipe las inconsecuencias de semejante doctrina; á saber, que un cuerpo incorruptible no hubiera sido alimentado con la leche de su Santísima Madre María, ni podia ser propia y verdaderamente cuerpo de su Hijo; que no habria sido clavado en la cruz ni muerto por los judios; y en una palabra, que esta opinion hacia absolutamente imaginarios los misterios de la Encarnacion y de la Redencion. No se puede llamar incorruptible el cuerpo del Salvador, añade el santo obispo, sino en cuanto no fué manchado por pecado alguno, ni padeció corrupcion en el sepulcro. Por esta apostólica libertad fué Eutiques depuesto de su silla, y mandó Justiniano lo condujesen á Amaséa, metrópoli del Ponto, al monasterio que habia gobernado antes de ser obispo.

(AÑO 553 DE JESUCRISTO.)

QUINTO CONCILIO ECUMENICO.

DESPUES de la muerte del emperador Marciano, el partido de Eutiques se volvió á levantar en Egipto, y estos sectarios cometieron allí las mas horri-

bles violencias. Nadie se atrevia á oponérseles, á causa de su número y del crédito que gozaban. Hicieron los mayores esfuerzos para abolir la autoridad del concilio de Calcedonia, que les había condenado. Ved aquí el medio que ellos pusieron por obra para lograr su designio. En tiempo de Nestorio habian salido á luz tres obras favorables á este heresiarca; conviene á saber, los escritos de Teodoreto, obispo de Ciro, contra San Cirilo; la carta de Hibas, obispo de Edesa; y los escritos de Teodoreto, obispo de Mopsuesta. Estas tres obras, que se llaman *los tres capítulos*, eran á la verdad dignos de censura; mas parecia que sus autores se habian retratado, haciendo una profesion de fé ortodoxa en el concilio de Calcedonia. Los padres de este concilio, que no se habian reunido con este objeto, no ecsaminaron los tres capítulos, y se contentaron con ecsigir que sus autores anatematizasen á Nestorio. Teodoreto é Hibas, lo ejecutaron. El obispo de Mopsuesta habia muerto. Con esta declaracion de los dos obispos, no se procedió á condenar sus personas, ni se pronunció sentencia alguna sobre sus obras. Los eutiquianos, que procuraban desacreditar el concilio de Calcedonia, quisieron sacar partido contra este concilio, de su silencio, con respecto á los *tres capítulos*, y de que sus autores habian sido mirados como ortodoxos. Ellos promovieron con calor la condenacion de los *tres capítulos*, é hicieron que el emperador Justiniano se interesase en favor suyo. Este príncipe, que habia procurado estender su autoridad sobre los asuntos de la religion, publicó un edicto, en el cual condenaba los tres capítulos. Los católicos, aunque no

aprobasen la doctrina de estos escritos, y confesasen que era reprehensible, temian, sin embargo, que ellos llegasen á ultrajar, ó cediese en perjuicio de la autoridad del concilio de Calcedonia, y que esta condenacion no fuese un triunfo para los eutiquianos. Este asunto se hizo muy ruidoso. El papa Vigilio desechó primero el edicto del emperador contra los tres capítulos: despues, con la esperanza de lograr la paz, los condenó él mismo, pero con esta restriccion: "salva la autoridad del concilio de Calcedonia." Se resolvió, por último, convocar un concilio general en Constantinopla, para poner fin á estos debates. Allí se ecsaminaron los tres escritos, que habian sido el objeto de tantas contestaciones, y se condenaron; pero sin perjuicio de lo dispuesto por el concilio de Calcedonia. Los padres declararon espresamente, que ellos tenian inviolablemente la fé de los cuatro primeros concilios, dando de este modo al de Calcedonia, la misma autoridad que á los otros tres. Juzgaron igualmente que se podian condenar con justicia los escritos, sin condenar la persona de sus autores. El papa Vigilio, despues de haber resistido por algun tiempo, confirmó esta decision; y todas las Iglesias, así del Oriente como del Occidente, la recibieron. De este modo, el concilio se tuvo como el quinto ecuménico. Aquí se ve un notable ejemplo del poder que tiene la Iglesia para condenar los escritos, pronunciar su juicio sobre los libros, y ecsigir que á él se sometan los fieles. Esta autoridad le es en efecto necesaria para mantener la fé; pues uno de los medios mas propios para conservar el depósito de las verdades que ella enseña, es dar á conocer á los fieles las fuentes

puras donde las pueden beber, y las cisternas venenosas del error, de que deben precaverse. Encargada por su divino Autor de enseñar la buena doctrina, ha recibido al mismo tiempo el poder de asegurar á sus hijos contra aquella que es mala, y de prohibirles la lectura de libros que la contienen, y podrían alterar su fé.

(AÑO 596 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE INGLATERRA.

YA desde el segundo siglo se habia predicado la fé en Inglaterra; mas por desgracia se habia estinguido despues que los sajones idólatras conquistaron este reino y echaron fuera de él sus antiguos habitantes. San Gregorio el Grande, no siendo entonces mas que diácono, concibió el designio de restablecer el cristianismo en este pais. Un dia que iba de tránsito para Roma, admiró en algunos esclavos ingleses, que allí se habian espuesto para ser vendidos, la bella proporcion de su cuerpo: preguntó al mercader si aquellos esclavos eran cristianos; y habiendo sabido que no eran sino idólatras, es lástima, dijo, que unos hombres de tan bella presencia se hallen bajo el poder del demonio. El mismo santo hubiera emprendido esta mision, si algunos obstáculos no se la hubiesen impedido; pero jamás la perdió de vista. Luego que subió á la cátedra de S. Pedro, fué su primer cuidado ejecutar el proyecto que mucho tiempo antes habia meditado. Mandó

á Inglaterra cuatro misioneros, á quienes puso por superior á Agustin, prior del monasterio de San Andrés. Partieron estos hombres apostólicos con valor para ir á anunciar á Jesucristo á aquel nuevo pueblo, y llegaron al pais de Kent. El rey Ethelbert concedió á los misioneros una pública audiencia. Ellos se dirigieron al rey, yendo procesionalmente, llevando una cruz de plata con la imagen del Salvador, y pidiendo á Dios la salvacion de aquellos pueblos por quienes habian emprendido tan largo viage. El rey los hizo sentar para oírlos con espacio. Nosotros os anunciamos, le dijo Agustin, la mas dichosa nueva: el Señor Dios que nos ha mandado, os ofrece despues de esta vida, un reino infinitamente mas glorioso, y de mayor duracion que el de Inglaterra. Ved aquí, dijo el rey, cuán preciosas promesas; pero como ellas son nuevas, yo no puedo abandonar lo que por tan dilatado tiempo he observado con toda la nacion de los ingleses; sin embargo, yo no os impido el que procureis atraer á vuestra religion, á cuantos podais persuadir; y como venis de un lugar tan distante para hacer que nosotros partieipemos de lo que creéis ser mejor, yo quiero que se os franquee cuanto sea necesario para vuestra subsistencia. Los santos misioneros comenzaron á predicar el Evangelio: su conducta era una fiel imagen de la vida de los Apóstoles: la pureza de sus costumbres, su frugalidad, su desinterés, y el don que Dios les concedió de hacer milagros, tocaron el corazon de un gran número de idólatras, que renunciaron á sus supersticiones, y pidieron el bautismo. El rey mismo, asombrado, así de sus esclarecidas virtudes, como de los milagros que obra-

ban, se convirtió. Su conversión fué seguida de la de una multitud prodigiosa de sus vasallos. El rey, después de su bautismo, hacia, lleno de celo, que en sus estados progresase la religión cristiana; pero á ninguno obligaba por fuerza, instruido por los misioneros, de que el servicio de Jesucristo debía ser voluntario: se contentaba con manifestar una particular confianza y venolencia para con aquellos que, á su ejemplo, profesaban la verdadera religión.

AGUSTIN, CONSAGRADO ARZOBISPO DE CANTORBERY.

——

PARA dar alguna forma á la Iglesia recientemente fundada en Inglaterra, y para establecerla de una manera estable y permanente, pasó San Agustín á Francia, y fué consagrado obispo, de mano del de Arlés, que era vicario de la santa sede en las Galias. Volvió después á Inglaterra, donde produjo los mas abundantes frutos, porque Dios sostenia su predicación con frecuentes y esclarecidos milagros. Bautizó mas de dos mil personas en Cantorbery, el dia de la Natividad del Señor: la fama de las maravillas que San Agustín obraba en Inglaterra, llegó hasta Roma, y San Gregorio le escribió, dándole saludables avisos, y enseñándole á temer, en medio de los continuos milagros que Dios obraba por su medio: después de haberle felicitado por la conversión de los ingleses, le dice: “Este gozo, mi caro hermano, debe estar mezclado de un santo temor, pues yo sé que Dios ha hecho por tí grandes cosas en medio de esta nación: acuérdate, pues, que

“ cuando los Apóstoles decían con gozo á su divino Maestro, Señor, los demonios mismos se sometían á nosotros en vuestro nombre, él respondió, “ no es este el motivo porque debais alegraros; alegraos únicamente de que vuestros nombres están escritos en el cielo. Mientras que Dios obra de este modo por tu medio en lo exterior, tú debes, mi caro hermano, juzgarte severamente en lo interior, é insistir atentamente en el conocimiento de tí mismo: si tú te acuerdas haber ofendido á Dios por tus palabras ó acciones, pon siempre á la vista de tu alma estas faltas para reprimir la secreta complacencia que podría introducirse en tu corazón: advierte que este don de hacer milagros, no se te ha dado por tí, sino por aquellos, cuya salvación debes procurar: tú sabes lo que la misma verdad dice en el Evangelio: *muchos* se presentarán á mí, y me dirán, nosotros hemos hecho milagros en vuestro nombre, y yo les diré con claridad que jamás los he conocido.” Nada prueba mejor la verdad de los milagros de San Agustín, que estos avisos tan serios de San Gregorio. A medida que se multiplicaban las conversiones en Inglaterra, enviaba allí el papa nuevos operarios para que cultivasen aquel campo que la gracia hacia tan fecundo. Hizo venir á Roma algunos jóvenes ingleses á que se instruyesen en los monasterios, para mandarlos después á su patria, á trabajar allí en extender la religión cristiana. El celo de este santo papa se extendía á toda la Iglesia, y velaba sobre todas sus necesidades: en medio de su débil compleción, no se concedía á sí mismo descanso alguno en sus funciones apostólicas: él corregía los abusos, y

mantenia la pureza de la disciplina: él protegía á los débiles, y socorria á los pobres, á quienes hacia tan abundantes limosnas, que muchas veces le faltaba á él mismo lo necesario: aunque siempre se veía cercado de negocios, jamás se dispensó de instruir á su pueblo, lo que hacia, ó de viva voz, ó por escrito: compuso un gran número de obras, donde explica los principios y las máximas de la moral cristiana, con tanta solidez como claridad. Unos trabajos de tanto peso, y una aplicacion tan continua, arruinaron enteramente su salud, y en breve le condujeron á aquella felicidad, objeto único de sus deseos. San Agustín, su amado discípulo, no le sobrevivió mas que tres años, y fué á recibir la misma recompensa.

(AÑO 612 DE JESUCRISTO.)

MAHOMA SE DA A SI MISMO EL NOMBRE DE PROFETA.

LA conversion de los pueblos del Norte al cristianismo, indemnizaba á la Iglesia de las pérdidas que iba á sufrir en el Oriente. Tendremos frecuentemente ocasion de admirar esta economía de la sabiduría y justicia de Dios, que hace pasar de un pueblo á otro la luz de la fé; de manera que la Iglesia ha ganado en un pais, lo que ha perdido en otros, permaneciendo católica. Mahoma, que le quitó las mas bellas provincias del Oriente, nació en la Meca, en Arabia. Su padre era pagano y su madre judía. Perdió á ambos siendo aun muy jóven, y fué

educado por un tio suyo, que lo puso en el comercio. Se casó despues con una viuda rica, de quien era factor. A la edad de cerca de 40 años, comenzó á fingirse profeta; y diciendo que estaba inspirado de Dios, sin dar de esto prueba alguna, inventó una nueva religion, que era una mezcla del judaismo y cristianismo, á la que añadió algunos dogmas que eran particulares á los habitantes de la Arabia. Enseñaba que no hay mas que un solo Dios; pero sin distincion de personas en la divinidad: desechaba la Encarnacion y los otros misterios de la religion cristiana: admitia la circuncision, y prescribia la abstinencia del vino, de la sangre y de la carne de cerdo; pero permitió á cada hombre tener cuantas mugeres quisiese, y él mismo tuvo hasta diez á la vez. Eshortaba al pueblo para que tomase las armas en defensa de la religion, prometiendo á los que muriesen en el combate, un paraíso en donde gozarian todos los placeres de los sentidos. Cuando se le pedia algun milagro, para prueba de su mision, decia que no era enviado para hacer milagros, sino para propagar la religion con la espada. Como no sabia ni leer ni escribir, hizo que otro estendiese por escrito sus impíos dogmas, y dió á este libro el nombre de *Alcorán*. Padezia algunas veces ataques de epilepsia, y los hizo pasar por éctasis ocasionados por las visitas del Angel Gabriel, que le venia á revelar estos dogmas. Siguiéron á este impostor algunos bandoleros y esclavos fugitivos que le acompañaban, con tanta mas adhesion, quanto que él les concedia la libertad de satisfacer sus sensuales deseos. Despues de haber formado un pequeño cuerpo de tropa, se puso á su frente como su